

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 568.

MADRID 16 DE AGOSTO DE 1844.

Segunda serie

RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Mas, volviendo á las ideas y á las cosas terrenales, estas consideraciones, estos encadenamientos de circunstancias, que en situaciones análogas contuvieron á tantos corazones honrados y valerosos, operaron del mismo modo en el alma de Adriano. Conocía todo lo falso de su posición: su razón y su convencimiento le inducían á los planes de Rienzi: su intrepidez y su carácter aventurero le impulsaban á hacerse partícipe de los riesgos que podían estorbar su realización; mas á esto se oponían fuertemente todos sus sentimientos privados, todos los vínculos de familia, todas las relaciones de su infancia. ¿Podía conspirar en secreto ni combatir en público contra su clase, su casa y contra los compañeros de su juventud? Si por una parte se elevaba en alas del patriotismo, veía por otra ingratitude é hipocresía. Además: ¿Podría considerarse como leal adalid de su patria al que hubiese hecho traición á los suyos? Así es que este hombre á quien la naturaleza había formado para influir sobre sus contemporáneos, se limitó al papel de espectador. Adriano procuró sin embargo consolarse de su inacción buscando las probabilidades ventajosas al partido que abrazaba. El que no se mezcla en un principio en las revoluciones civiles, puede servir despues de medianero entre las pasiones y los partidos, porque las circunstancias azarosas en una época suelen ser favorables en período mas avanzado: un nuevo actor presentándose en la escena política, puro de todo esceso, exento de las rivalidades de las facciones, limpio de toda tacha, á todas les inspira confianza y respeto; y las mismas cualidades que le hubieran llevado al martirio en una de las fases del drama, le elevan en otra á la augusta dignidad del salvador.

Aguardaba pues Adriano silencioso y pasivo el curso de los sucesos, pronto á defender al pueblo de nuevas cadenas y á librar á su campeón de la muerte, si abortaban sus proyectos, y resuelto en el caso contrario á salvar á su casa del furor popular y á poner coto á la licencia defendiendo la libertad. Tales eran al menos sus esperanzas, y así fue como la sagacidad italiana, y la circunspección natural de su carácter supieron moderar el ardor de su juventud y de su valentía.

Resplandecía el sol sin que lo empañase nube alguna sobre la extraordinaria concurrencia reunida en el inmenso espacio que aun rodea la iglesia de S. Juan de Letran. Allí habían asistido muchos barones principales, ya por curiosidad, ya por atemperarse á los deseos explícitos del obispo de Orbiato, ya en fin por lucir su magnificencia y su numerosa comitiva.

Sobre uno de los escalones que guiaba á la iglesia se veía á Gualtero de Montreal en pie, envuelto en su manto, y con los ojos fijos en los diversos grupos que cruzaban entre la muchedumbre para ocupar el punto destinado á los nobles y custodiado por los soldados del Papa. Observaba el caballero con interés, aunque con su aire habitual de indolencia, cómo era acogido por la multitud cada uno de los personajes. Precedíanles sus banderas é insignias, y el observador extranjero retenía en su memoria las burlas y apodos, las frases laudatorias ó ofensivas lanzadas aquí y allí, y que decían mucho en pocas palabras, á la aparición de aquellos conocidos estandartes.

—¡Paso! ¡Haceos atrás! ¡Paso al señor Martino Orsini baron de Porto!

—¡Silencio, mancebo! ¡Atras! ¡Paso al señor Adriano Colonna, baron de Castello y caballero del imperio!

Mientras se oían estas aclamaciones rivales hubierais visto flotar en los aires el oso de oro de los Orsinis con la divisa: «*Guárdate de mis abrazos*» y la columna solitaria sobre campo azul, emblema de los Colonnas con la divisa particular de Adriano: «*Triste, pero fuerte*».

Mucho mas numeroso era el séquito de Martino di Porto que el de Adriano compuesto solo de diez hombres; pero estos escitaron mas la admiración entre las masas y fueron mas del gusto del caballero de San Juan, práctico en tales materias. Casi todos eran de una misma estatura, marchaban con igual paso, derechos, sin volver la vista á un lado ni á otro: sus armas estaban lustrosas como espejos, manifestando así la excelente disciplina militar que su señor había sabido enseñarles, merced á su aprendizaje guerrero en extraños países. Componíase la desordenada tropa de Martino di Porto de hombres de toda clase de estaturas: sus armas eran antiguas y estaban mal limpias. Se empujaban unos á otros, reían, hablaban en alta voz: sus gestos, su traza, su paso, les presentaban como gentes que desprecian del mismo modo al señor á quien sirven que al pueblo á quien amedrentan. Como ambas comitivas se encontrasen de improviso á la entrada del estrecho desfiladero por donde debían pasar los nobles, suscitóse al punto entre los que las componían la rivalidad entre las dos casas. Ambos partidos dirigieron sus esfuerzos á ganar el paso, y aunque la tranquila regularidad del séquito de Adriano, y el escaso número de los que lo formaban le permitiesen adelantarse á las gentes de Martino, gritó la plebe «*Viva Colonna!*» El oso debe danzar detras de la columna.

(Continuará.)

EL CUERPO DE GUARDIA.

ESCENAS COMICO-SOLDADESCAS.

Valdés. Cuanto variaron los semblantes!... y se dan las manos!... y se las besa el indigno!... huy! como se le encandilaban los ojos!... parece que quiere tra-

gárselas!... y la bribona se deja!! Besos, Dios mio!... ¡eso mas?—Cabo de guardia! relevo, relevo por la Virgen!...—Por vida mia que lo tengo á cargo de conciencia!—Relevo, que son las nueve!—¿Cómo se ponen encendidos!—Relevo con mil diablos!—El hombre sigue durmiendo y ellos cada vez avanzando!... Si pensarán que todos somos de estuco!...—Cabo! despierte V. con mil pares de pipas de santos!... son ya las nueve y cuarto... la media... qué sé yo! hace lo menos tres horas que estoy aqui de centinela!...—Nada! lo mismo que un tronco! y ellos!... no haya miedo que se muevan, aunque se hunda el cuerpo de guardia!—Mi sargento!... nada!... mi sargento! mande V. que me releven.

Sargento. ¿Callarás algun dia?

Elisa. Qué es eso! viene ya el teniente?

Valdés. Yo no tengo cuenta con nadie. Han dado las nueve, y el cabo no me responde. ¿Es justo que yo no sea relevado?

Sargento. Y para eso gritas tanto?

Valdés. Toma! y aun parece no es bastante, cuando el cabo no dá cuenta de sus huesos.—Qué maldiciones me estarás echando!

Sargento. Cabo!... cabo!

Cabo. (Despertando) Qué?... qué hay?

Sargento. Releve V. los centinelas.

Cabo. Los centinelas?... ah!... sí... voy al momento. Son... son... ya las nueve... no es verdad?

Sargento. Pronto! pronto! levántese V. con mil diablos!... Qué espera V.?—Al menos en yéndose este maldito Valdés podremos estar sosegados... porque no hay remedio: se ha pronunciado contra mí!

(El cabo se levanta con mucha calma, estirándose y limpiando los ojos, y se dirige al armero, toma su fusil, lo limpia, y llama por sus números á los soldados que deben entrar de centinela. Como estos están durmiendo, la operación se prolonga demasiado y la impaciencia del sargento se aumenta por grados, mientras el semblante de su novia toma un gesto de frialdad admirable)

Sargento. Cabo! en qué demonio piensa V.?

Valdés. Cómo se apura!

Cabo. Hablaba V. conmigo?...—Siete!

Sargento. Despache V. cuanto antes.

Cabo. Ocho!... el ocho!... García! no oye V. que le estoy llamando?

García. (Despertando) A...á...á mí?

Cabo. No tiene V. el ocho?

García. El ocho! el ocho!... ah! si señor.

Cabo. Por vida de!... venga V. á tomar su arma.

García. Para...?

Sargento. Me gusta la pregunta! si espera V. que yo me levante....

García. Casi non pegué los güeyos. (Se levanta.)

Cabo. Nueve!... nueve! ¡Parece que todos tomaron opio!... nueve!

Sargento. Si el cuarto vigilante vigilara, no tendríamos esas demoras.

Cabo. Tiene V. razon que le sobra. Nueve!... nueve ó demonio!

Ventura. Aqui estoy.

Sargento. Así estuvieras en los infiernos...

Cabo. Qué esperas?

Ventura. Vaya un apuro!

Cabo. Todavía replicando?

Sargento. Arrímele V. un par de palos á ver si se mueve.

Valdés. Qué ganas tiene el hombre de verme fuera de aquí!

(El cabo releva los centinelas, dejando en la puerta á Ventura: los salientes se acuestan despues en la tarima, y el cuarto vigilante se levanta y se sienta junto al fuego.)

Elisa. Jesus! los militares sois muy crueles! siempre quereis estar pegando!

Sargento. Qué quieres, prenda mia, la subordinación....

Elisa. Pues á mí no me gusta eso.

Sargento. No? lo siento, porque á veces es indispensable.

Elisa. Teneis un corazon de fiera!... á cualquiera cosa, palo en ellos como si fueran esclavos! pobrecitos! Si llevo á tener un hijo... soldado, antes quisiera verle muerto. ¿Dá tambien palos el teniente?

Sargento. Dale con el teniente!

Elisa. Aseguro que no los dá.

Sargento. No?... pregúntaselo, pregúntaselo á ese centinela.

Elisa. Se los dió á él?

Sargento. Friolera es! si se descuida, le hace ayer de la cabeza una plasta—Eh, Ventura?

Ventura. Decía V. algo?

Sargento. Sabe dar palos el teniente?

Ventura. No señor.

Elisa. Lo ves?

Ventura. Se entiende: pocos y flojos.

Sargento. Lo oyes? Cuando te digo que casi le dejó sin sentido!...

Elisa. Algo de malo haría.

Sargento. Precisamente: á nadie se le dan sin merecerlo. Estaba jugando....

Elisa. Y solo por eso...?

Sargento. Ni mas ni menos.

Elisa. (A parte) Parece que lo creo!... un jóven tan hermoso dar palos!...

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Después de haber dejado el teatro de Sevilla el actor don Julian Romea, de cuyos triunfos tienen ya noticia nuestros lectores, se ha presentado en aquella escena el señor don Carlos Latorre, y ha sido tan bien recibido en el *Sancho García* que con dificultad podrá encontrar ejemplo semejante en toda su larga carrera escénica. Muy luego lo tendremos en esta corte y es de presumir que los teatros principales tengan toda la animación de que son susceptibles, encontrándose como se encuentra ya de vuelta de su viaje á Paris, la incomparable Matilde Diez y estando dirigidos por una persona tan entendida como el señor Lombia.

Á fines de esta semana ó principio de la entrante se pondrá en escena, en el teatro del Circo el primer acto de la ópera española del señor Espin, titulada *Padilla ó el Asedio de Medina*.

El romance que insertamos á continuación es debido á la pluma del poeta *Ricardo*, fusilado últimamente á consecuencia de la conspiración descubierta en la Habana, y en la cual parece que le designaban por rey los conjurados.

GICONTECAL.

Dispersas van por los campos
las tropas de Motezuma,
de sus dioses lamentando
el poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
de azules y blancas plumas
sobre un palanquin de oro
que finas perlas dibujan;
tan brillantes que la vista,
heridas del sol, deslumbran,
entra glorioso en Tlascala
el jóven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria,
y de aromas le perfuman
guerreros que le rodean,
y el pueblo que le circunda,
á que contestan alegres
trescientas vírgenes puras:
«Baldon y afrenta al vencido,
«Lor y gloria al que triunfa.»
Hasta la espaciosa plaza
llega, donde le saludan
los ancianos senadores,
y gracias mil le tributan.
Mas, ¿por qué veloz el héroe,
atropellando la turba,
del palanquin salta y vuela,
cual rayo que el Eter surca?
Es que ya del caracol,
que por los valles retumba,
á los prisioneros muerte
en eco sonante anuncia;
suspende á lo lejos hórrida
la hoguera su llama fúlgida,
de humanas víctimas ávida
que bajan sus frentes mústias.
Llega; los suyos al verle,
cambian en placer la furia,
y de las enhiestas picas
vuelven al suelo las puntas.
Perdon, esclama, y arroja
su collar; los brazos cruzan
aquellos miseros seres
que vida por él disfrutaban.
«Tornad á Méjico, esclavos,
nadie vuestra marcha turba;
decid á vuestro señor,
vendido ya veces muchas,
que el jóven Gicontecal
crueldades como él no usa,
ni con sangre de cautivos
asesino el suelo inunda;
que el cacique de Tlascala
ni batir ni quemar gusta
tropas dispersas é inermes,
sino con armas y juntas.
Que arme flecheros mas bravos
y me encontrará en la lucha
con solo una pica mia
por cada trescientas tuyas;
que tema el funesto dia
que mi enojo á punto suba;
entonces, ni sobre el trono
su vida estará segura;
y que si los puentes corta
porque no vaya en su busca,
con cráneos de sus guerreros,
calzada haré en la laguna.»
Dijo, y marchóse al banquete
do está la nobleza junta,
y el néctar de las palmeras
entre vitores apura.

Siempre vencedor despues
vivió lleno de fortuna;
mas, como sobre la tierra
no hay dicha estable y segura,
vinieron atrás los tiempos
que eclipsaron su ventura,
y fué tan triste su muerte
que aun hoy se ignora la tumba
de aquel ante cuya clava,
barreada de aureas puntas,
huyeron despavoridas
las tropas de Motezuma.

VARIEDADES.

HISTORIA

DE

FELIPE II.

Por el Excmo. Sr.

D. EVARISTO SAN MIGUEL.

Esta obra constará de cuatro tomos en cuarto y sale por entregas de 96 páginas cada una.

La primera ha salido ya, y las demas seguirán sin interrupcion, segun se ha ofrecido en el prospecto:

BIBLIOTECA DE EDUCACION.

HISTORIA DE FRANCIA,

REFERIDA A LOS NIÑOS

Traducida del francés

POR D. ANTONIO ROSALES.

Una de las principales conquistas de Julio César, fué la de la Galia, hermoso pais comprendido entre el Rhin, el Océano, el Mediterráneo, los Alpes y los Pirineos, y bañado por multitud de rios, algunos de los cuales son los mas importantes de Europa.

El conocimiento de la historia de estos paises es de sumo interés para toda clase de personas, por las muchas descripciones que se hacen de ellos, sin que quede nada que referirse. Se compone de un tomo en octavo.

Estas obras se venden en la librería de DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay funcion.

DEL PRINCIPE.

A las ocho de la noche: el drama nuevo, en cinco actos, titulado: DON JUAN DE AUSTRIA. Terminará el espectáculo con baile nacional.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: 1.º LA HEREDERA, comedia en un acto. 2.º EL LAGO DE LAS HADAS, gran baile en dos actos.

El sábado próximo se pondrá en escena el primer acto de la ópera PADILLA, O EL ASEDIO DE MEDINA, escrita en metro castellano por don Gregorio Romero Larrañaga y puesta en música por el profesor don Joaquin Espin y Guillen.

La empresa, al ofrecer al público ilustrado que tanto la favorece la producción de un español, no lleva otra mira que la de estimular la aplicación de los jóvenes profesores, presentándoles ocasiones de darse á conocer. Los cantantes son también españoles, á fin de completar un espectáculo nacional.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas núm 8.